

Érase una vez ...

“Tenían los naturales para sí que Dios los había criado del agua y de la tierra, tanto hombres como a mujeres” (Espinosa [1980]: 43).

¿Puede haber otras caras de la historia de nuestro pasado prehispánico? Rotundamente sí, y en los últimos años algunos equipos y especialistas se están encargando de ofrecer versiones alternativas. Lo que sucede es que el hecho de que las interpretaciones y los detalles provengan casi siempre de los mismos puntos de vista y formas de acometer la investigación hace parecer que estos discursos son los dominantes a pesar de que, por lo general, se les reconozca cargados de prejuicios y apriorismos. Así pues, hay que admitir que las visiones tradicionales más aceptadas han tenido invariablemente una enorme repercusión e influencia en los criterios de generaciones de historiadores y arqueólogos. Y que, como suele pasar, siempre es más fácil sospechar del “relato oficial” que sustituirlo. De entrada, debemos advertir al lector que no tratamos de plantear un escepticismo histórico radical (no siempre saludable) o una revolución arqueológica en las páginas que siguen, sino de poner en entredicho algunos argumentos de autoridad, mitos y medias verdades de esa narrativa tradicional¹.

Por otra parte, es bien conocido que los *guanches*, lo mismo que otras poblaciones prehispánicas de las islas, como los *canarios*, disfrutaban de un grado de reconocimiento e interés popular a la altura de otras culturas antiguas. Quién más o quién menos ha oído hablar de ellos, lo que no impide que en el imaginario colectivo (y en el científico) sigan presentes estereotipos centenarios, esto es, la imagen de unas gentes a caballo entre el *buen salvaje* y el guerrero indomable, respetuoso con mujeres y la infancia. Sus momias también focalizan la atención. Es cierto que más allá de los clichés hay parte de verdad en esta imagen y que aun así puede y debe ser revisada de un modo permanente. Que los *guanches* son un pueblo del pasado es una obviedad como otras, sin embargo, habitan en una especie de curiosa prehistoria que retorna cada vez que se aplica un poco de presión sobre ella, en particular

cuando la balanza se inclina hacia el interés (y el abuso en ocasiones) cultural o sociopolítico.

Que la historia se reescribe constantemente, y siempre ha sido así, también es una realidad incontestable. No hay una sola historia, sino tantas como prioridades, períodos y gentes existen y existieron, lo que ha llevado recientemente a acometer una extraordinaria variedad de campos de estudio, que comprenden desde la identidad de género hasta las enfermedades o la alimentación, entre otras, de manera que dichos puntos de vista están haciendo que nuestro pasado prehispánico hable con un lenguaje novedoso y más real. Y todo gracias a la feliz irrupción hace un tiempo de disciplinas como la Bioarqueología, la Arqueología de la Muerte, la Arqueología del Género y de la Infancia, la Arqueogenética o la Etnoarqueología. Un antídoto que, asumimos, puede desconcertar a más de un historiador e historiadora y arqueólogo o arqueóloga, pero que permite mirar a la cara de ese remoto tiempo, representando el mejor revulsivo frente a las acostumbradas narraciones de corte repetitivo y arqueográfico. La misma ciencia arqueológica ha cambiado de manera espectacular cómo entendemos el pasado, permitiendo recuperar incluso actividades rituales, tanto para los vivos como los muertos, abriendo una ventana a la mente y a los paisajes religiosos y sociales aborígenes. En cuanto a las crónicas, solo hay que tener en cuenta que se compilaron, editaron o transcribieron con posterioridad en la mayoría de los casos, y que, aunque a menudo se presentan como si fueran fuentes objetivas, se escribieron con un propósito, casi siempre con descarada propaganda y desde una óptica externa a las realidades que pretendían describir. Es obvio que su valor es incalculable, pero los discursos dominantes deben analizarse con sumo cuidado.

En términos generales, el mundo *guanche* y el del conjunto de las sociedades prehispánicas insulares parecen, en el relato tradicional, mundos de hombres importantes, de jefes o *menceyes*, *guanartemes*, nobles y guerreros, en el que apenas asoman mujeres, salvo para representar unas pocas de sus tareas en el mantenimiento doméstico, su participación en el trabajo agrícola o mostrar su *virtud*, y en el que la infancia (o la vejez) están prácticamente ausente. Todos permanecen entre bambalinas o como mucho son actores y actrices de poca monta, de apariciones breves. Conviene, por consiguiente, responder a una pregunta engañosamente sencilla: ¿por qué es tan escurridiza esta parte de la historia? Incluso allí donde las pruebas arqueológicas se hacen visibles, siguen resultando resbaladizas, escondiendo secretos.

Tampoco la imagen del “buen salvaje” todavía presente en nuestro imaginario colectivo ayuda en demasía, y a

¹ 1 Para empezar, es necesario señalar algunas cuestiones formales. En primer lugar, los nombres de las poblaciones aborígenes insulares son escritos en cursiva, en particular para diferenciar el de los *canarios*, los antiguos habitantes de la isla de Gran Canaria, del conjunto de grupos prehispánicos del archipiélago. Lo mismo hacemos con los términos indígenas que transcriben las crónicas. En segundo lugar, salta a la vista que algunos de los títulos de los capítulos y apartados parafrasean y versionan obras de sobra conocidas. En el capítulo 5 tomamos prestado literalmente el título del conocido libro de la escritora estadounidense Harper Lee (*To Kill a Mockingbird*, 1960), lo mismo que en el 10.1. el homónimo de la obra teatral de Leandro Fernández de Moratín, publicada en 1801. En cambio, en el capítulo 6 adaptamos ligeramente el título de la novela autobiográfica de Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla* (2002), donde precisamente narra la historia de su infancia y juventud.

estas alturas no debería disimular la realidad que ofrece la Bioantropología, mucho más matizada y dura. Y es que, por ejemplo, ser un niño o niña en el pasado tenía que ser peligroso e inquietante. Nada nuevo. Si echamos un vistazo en el tiempo al continente europeo, las Ciencias Sociales describen unos cuadros infantiles, desde la prehistoria hasta el período victoriano, en los que entre el 30 y el 50% de los niños no sobrevivían hasta la edad adulta. Las enfermedades, los gérmenes y los accidentes domésticos pasaban una factura demoledora.

Al mismo tiempo, en la invisibilidad infantil prehistórica siguen jugando un papel crucial las imágenes actuales que retratan la niñez principalmente como un tiempo de juego y aprendizaje, restando importancia a las contribuciones económicas de los infantes, pues los relegan, como a las mujeres, al ámbito menos visible del hogar. Sin embargo, la literatura etnográfica e histórica demuestra ampliamente que las categorías de edad son constructos y, por lo tanto, exhiben una considerable variabilidad temporal y transcultural, mientras que los arqueólogos tendemos a ignorar a los niños y a las niñas prehistóricas, tal vez viéndolos como algo periférico a las preocupaciones centrales de la investigación, o para tratarlos de forma estereotipada².

Tampoco la vinculación de la infancia, en especial durante los primeros años de vida, al ámbito doméstico y a la esfera femenina ha favorecido su (re)conocimiento arqueológico³. Precisamente, porque se ha sacado a las mujeres fuera del discurso histórico debido a su mayoritaria ocupación, que no exclusiva (ni mucho menos), a las actividades de mantenimiento que, por lo general, tampoco han sido valoradas como parte de la economía, o como primordiales, porque se asocian precisamente a ellas y a otros grupos subalternos⁴. Un rol femenino y un estereotipo endémico que todavía permanece vigente, pues la consideración y el valor de estos trabajos no solo no son reconocidos en la actualidad, sino que siguen siendo calificados como propios de la esencia de las mujeres, esto es, rutinarios y para los que apenas se requiere de habilidades, una suerte de no-trabajo⁵. Por extensión, la infancia ha sido

sumida en la misma penumbra, ajena también al interés del análisis histórico. Sin embargo, como se ha escrito en alguna ocasión, resulta que tales trabajos cotidianos, como son el cuidado de la prole, la alimentación, la curación, la sociabilización o el cuidado del hogar y otros espacios de producción, representan actividades económicas y estructurales imprescindibles en cualquier grupo y tiempo. Tal es así, que en los últimos años dichas labores han comenzado a recibir la atención científica que se merecen, reconociéndose su valor económico, social, cultural y tecnológico, más allá de quienes la realizaran en el pasado⁶. Tejedoras, costureras, joyeras, ceramistas o peleteras, son solo algunas de las artes con las que estas féminas indígenas contribuyeron ampliamente a mejorar las condiciones de vida y al avance tecnológico de sus respectivas comunidades.

El por qué urge un análisis del segmento de población no adulta es amplísimo y va mucho más allá de la moda académica. Su comprensión es el nervio de este libro. La infancia encarna como pocos grupos de población los conceptos de innovación y de tradición. En otras palabras, los niños son vitales para la reproducción ideológica del grupo y, como nuevos miembros de la comunidad, son un potencial elemento innovador en constante cambio y desarrollo encargados de la transmisión de la cultura entre generaciones. Representan, además, el futuro de las familias y los linajes. Piénsese, por ejemplo, en la importancia de la edad en las mujeres que alcanzaron por primera vez las islas en los grupos fundadores; unas edades que para garantizar la supervivencia y la continuidad poblacional tuvieron que oscilar entre la adolescencia y la juventud, entre los 17 y 21 años, si no más jóvenes⁷. Y no solo son el futuro, sino que también significan el pasado, puesto que la forma en la que sus padres u otros miembros del grupo les enseñaron y transfirieron los conocimientos, está dictada por normas consuetudinarias⁸.

Aparte de su papel como transmisores de la cultura, evidencias de todo tipo demuestran que los individuos no adultos han sido personas activas y mano de obra que colaboran desde edades muy tempranas en las actividades de subsistencia de la comunidad, hasta el punto de que algunas de estas tareas son exclusivamente responsabilidad de ellos, como recoger el agua. Son activos agentes sociales⁹. Cabe recordar para nuestros propósitos, como en sociedades etnográficas pastoriles, los infantes guardan y cuidan el ganado desde que aprenden a estar en pie, mientras que en

² Sánchez Romero, 2010 y 2022: 165 y ss. Ver, entre otros trabajos, Sofaer Deverenski, 2000 o Wileman, 2005.

³ Politis, 1998; Kamp, 2001; Rivera, 2020:385-386.

⁴ Cirotteau y otros, 2022.

⁵ A este respecto, los datos aportados por la O.N.G. Oxfam (año 2022) son apabullantes: las mujeres y las niñas realizan más de las tres cuartas partes del trabajo de cuidados no remunerado en todo el mundo, y constituyen las dos terceras partes de la mano de obra que realiza este tipo de trabajo de forma remunerada. Si este trabajo de cuidados se remunerase aplicando el salario mínimo, esto representaría una contribución a la economía global de al menos 10,8 billones de dólares anuales, una cifra que triplica el tamaño de la industria mundial de la tecnología.

En países de renta baja, las mujeres de zonas rurales dedican hasta 14 horas diarias al trabajo de cuidados no remunerado. En todo el mundo, el 42% de las mujeres no puede acceder a un empleo remunerado porque son las responsables del trabajo de cuidados, en comparación con tan solo el 6% de los hombres.

El 80% de los 67 millones de personas trabajadoras del hogar que hay en todo el mundo son mujeres. El 90% no tiene acceso a las prestaciones de la seguridad social y la jornada laboral semanal de más de la mitad carece de un límite de horas.

⁶ Sánchez Romero en González, 2021: XI-XII. La autora muestra ejemplos etnográficos actuales en los que los roles masculinos y femeninos son flexibles e intercambiables.

⁷ Velasco, 2015: 39.

⁸ Rivera, 2020: 386.

⁹ Nowell, 2023: 7 y ss. Como se comprueba entre algunas poblaciones prehispánicas canarias, tal es algún caso paradigmático analizado en la isla de El Hierro (Punta Azul, ss. X-XII). Aquí, la contribución infantil a la economía local se demuestra a partir de los microtraumatismos observados en la zona del calcáneo (el talón), que muestran una alta actividad cotidiana del tobillo de los sujetos no adultos, más allá del juego u otra actividad de naturaleza lúdica; en algunos yacimientos funerarios de Gran Canaria, esos mismos huesos muestran una mayor movilidad entre los jóvenes; ver Cockerill, 2022.

los grupos agrícolas ayudan con la recolección diaria. En ciertas poblaciones africanas los sujetos inmaduros no solo se procuran ellos mismos, desde los cinco años, la mitad del aporte calórico que necesitan, sino que son fundamentales para la reproducción biológica del grupo, puesto que desde muy temprano asisten en el cuidado de los hermanos y hermanas más pequeños, permitiendo de este modo a los padres tener más descendencia¹⁰.

Por otra parte, su estado de desarrollo, la edad de muerte y sus patologías son buenos indicadores de la situación económica y social del grupo en general, ya que los niños y niñas necesitan una gran inversión de tiempo y recursos para completar su crecimiento, sobre todo, durante los primeros años de vida. E igual de primordial, es el hecho de que las condiciones de salud en los años subadultos predicen la calidad de vida futura y la mortalidad en la edad adulta.

Luego, contar la historia de la infancia, vinculándola necesariamente al género y a otras identidades sociales, es contar la Historia. Pero cuidado. Hay que realizar una distinción técnica, aunque fundamental: no se puede hablar de un colectivo homogéneo de niños, niñas y de mujeres, ni desde la perspectiva social, territorial o temporal. Por desgracia, recuperar esas biografías poliédricas, esas imágenes y secuencias históricas, exige una investigación larga y compleja, aunque hay que reconocer que ya se están dando los primeros pasos. En esa línea de estudio, pretendemos recomponer que papeles desempeñaban los infantes y las mujeres en el trabajo y los conflictos de la vida cotidiana, sus posiciones en la sociedad, acercarnos con más precisión a sus ciclos de vida. Intentamos entender, en pocas palabras, quienes eran aquellas personas, devolverlas a las sociedades de origen como parte integral de las mismas y superar la imagen fija e incapacitante que seguimos teniendo de ellas. No tratamos de escribir ni historias conmovedoras, ni retratos lúgubres, sino reveladores y reales de la delgada línea que separaba potencialmente las condiciones de vida de estos grupos de la enfermedad y/o la muerte. Hay más de lo que se advierte a simple vista y, por lo general, no resulta tan glamuroso. Dicho también de otro modo, parte del propósito de nuestro relato es mostrar el toque humano del pasado prehispánico.

A lo largo de estas páginas pretendemos destacar la naturaleza relacional y el protagonismo que las mujeres y las infancias aborígenes, como colectivos íntimamente vinculados, asumieron en el trabajo de la producción económica y de sujetos sociales, lo cual nos permitirá abordar las condiciones materiales, la calidad de vida y el acceso a la riqueza social existente en esas comunidades¹¹.

Insistiremos, hasta el hartazgo, en la necesidad de enfocar la investigación en la búsqueda de los trabajos esenciales

femeninos desde la infancia para la continuidad de la vida social, tales como la producción básica de cuerpos y el mantenimiento de los sujetos sociales, atendiendo tanto a la salud reproductiva de las mujeres desde la perspectiva bioarqueológica, la arqueológica y la iconográfica, es decir, contemplando las representaciones de estos trabajos en la figuración aborigen, cuando disponemos de ella.

Otra de las claves principales para el conocimiento de las relaciones que pudieron acontecer entre los sexos, y acceder así a las posibles disimetrías sociales entre mujeres y hombres, será la de buscar respuestas a la cuestión de si la producción de indumentaria y otros bienes recaía o no en un colectivo sexual concreto, y si esto pudo haberse visto compensado de alguna forma. Resulta por ello fundamental el que hallamos incluido en el presente estudio las posibles marcas osteológicas derivadas de los trabajos repetidos que puedan encontrarse en los individuos. A este respecto, son diversas las huellas que avalan la idea de que las mujeres fueron las encargadas de la producción textil, aunque al decir de las crónicas no lo hicieron en exclusiva.

Uno de los pilares obvios del aludido binomio infancia-mujeres viene dado por el hecho biológico de que son las mujeres quienes deben gestar, parir y amamantar con sus cuerpos a los nuevos individuos, una función que las sitúa en el centro de la vida económica de la sociedad. Es con su trabajo, sus propios cuerpos, y con tiempo y esfuerzo, que realizan las tareas de gestación, alumbramiento y amamantamiento. Y estas ocupaciones, en cuanto se organizan socialmente representan trabajo social, como examinaremos. De hecho, esas actividades han sido denominadas por la Arqueología feminista como *Producción Básica o de Cuerpos*, y son la base de la producción material. No existe esta y no hay vida social o economía sin el trabajo de las mujeres, sin el trabajo de dar vida.

Sin embargo, se puede comprobar cómo las políticas de compensación y de reequilibrio de las cargas laborales en las sociedades prehispánicas insulares no implicaron siempre unas relaciones de reciprocidad entre géneros y, por consiguiente, no se llegó a una situación de equidad social, al menos durante una buena parte de la existencia milenaria de aquellas poblaciones. En un momento dado, ignoramos si ya desde el mismo punto de partida, se sentaron las bases para el desarrollo de una explotación social de las mujeres, fundamentos que condujeron a políticas de violencia y de dominio masculino, lo mismo que a ideologías androcéntricas que legitimaron (y sublimaron) la disimetría.

Desde el principio queremos dejar bien sentado que, aunque bien conocida, la primera división sexual del trabajo fue el trabajo económico de producir vida, realizado por las mujeres en función del sexo. Y como es esa la producción más importante, puesto que sin ella la vida social no podría continuar. Las iconografías aborígenes en distintos soportes abundan en la idea de la fertilidad. Por desgracia, también fue una de las más letales.

¹⁰ Herrero Corral, 2019.

¹¹ Estos párrafos son deudores de las ideas y texto extraído de Escoriza-Mateu y otros, 2023.

En segundo lugar, en alguna isla se ha podido constatar violencia física y simbólica, probablemente cuando los hombres se hicieron con el control y la posesión del cuerpo femenino en todas sus dimensiones (sexualidad, fuerza de trabajo, natalidad). De hecho, en la bibliografía experta hemos hallado suficientes indicios arqueológicos y etnohistóricos que señalan una especialización femenina impuesta en los trabajos de mantenimiento de individuos, principalmente de criaturas, aunque no hay pruebas claras de que así fuera para cualquier otro grupo dependiente a causa de enfermedad, accidente, discapacidad o edad. Lo mismo, se ha podido corroborar en la confección de políticas destinadas a convertir algunas labores en trabajos propios de las mujeres indígenas¹². Igualmente, estamos en condiciones de argumentar que el control de la sexualidad femenina estuvo encaminado a asegurar la reproducción social en su conjunto, imponiendo normas de embarazos, gestaciones y partos. Pero también para establecer mecanismos de transmisión hereditaria de derechos, riqueza o privilegios, y de sumisión, pobreza y subordinación, canalizados por medio de los intercambios matrimoniales, las paternidades o las afiliaciones a un grupo familiar o de parentesco.

Son las fuentes literarias las que relatan con elocuencia como el mecanismo que suele imponer de manera más eficaz y cotidiana las pautas de comportamiento, es el que implanta los hábitos y rutinas a través de formas de socialización que comúnmente forman parte de la propia construcción como sujetos sociales de los individuos, ya desde sus primeros años de vida. Y esos hábitos y rutinas se implantan bien mediante la práctica, ya mediante la creación de modelos y ejemplos de comportamientos, en positivo o en negativo, a través de la coerción directa o bien mediante la adopción por niñas y niños, lo mismo que por mujeres y hombres adultos, de las maneras de actuar y de las actividades a realizar por cada categoría social a la que cada sujeto es o va a ser asimilado¹³.

Probablemente, es en estos hábitos y rutinas donde la definición e interiorización de las categorías sociales se enraíza de una forma más profunda. Y esas normas, legales, tradicionales o habituales, se transfieren a la materialidad social u objetos que se asocian a cada estatus social. Es lo que podemos esperar encontrar en las expresiones materiales de la indumentaria o en los ajueres funerarios. Es una clara evidencia. El vestuario, el calzado, el tocado, el peinado, los ornamentos o las modificaciones corporales se vinculan a cada categoría social. Y esa indumentaria, junto con otros objetos sociales, puede estar involucrada en las actividades y trabajos que debe realizar cada categoría social, pero también en la composición de asociaciones simbólicas, condensada en los ajueres funerarios y domésticos, muchas veces imposibles de

descifrar desde la arqueología. Así, por ejemplo, hasta donde disponemos de análisis bioarqueológicos, lo que se pone de manifiesto en la totalidad de los grupos aborígenes insulares es que solo los hombres, como colectivo o como categoría social específica, tienen acceso al armamento, es decir, a herramientas de violencia y coerción, y que estas están restringidas aparentemente a las mujeres. Aun así, el lector y el investigador deben estar atentos al hecho de que algunas sepulturas indígenas aparezcan como depósitos atípicos o singulares, pues sugieren la posibilidad de que la identidad del individuo cambiase a través de prácticas *post mortem* con la incorporación de prendas u objetos que, comúnmente, estarían asociadas al sexo opuesto. Quizás a través de tales prácticas *post mortem*, el individuo quiso manifestar la identidad de un ancestro, una identidad errónea-ambigua, una identidad transgénero o la manifestación de un llamado “tercer género”. Sin olvidar que todo eso podría estar relacionado con su grupo de ascendencia o, simplemente, con el papel que este individuo desarrolló en vida.

Salvo excepciones, el estudio de los infantes y la niñez en la vida prehispánica de la isla de Tenerife, y del resto del archipiélago, es un área de análisis pasada por alto¹⁴. Durante casi medio milenio, han desaparecido por completo de cualquier tipo de relato, y ya es hora de que recuperen el lugar prominente al que tienen derecho en la historia. Lo mismo que otros especialistas, reivindicamos la importancia de estudiar a los niños y niñas como participantes activos en las culturas prehispánicas canarias, en lugar de considerarlos principalmente por su relación con la vida adulta. Usando conceptos como género¹⁵ y socialización, pretendemos abordar de forma extensa el estudio arqueológico de estos segmentos de la población *guanche* y canaria, numéricamente grandes pero invisibles. Con tal fin, discutiremos ejemplos de potenciales juguetes, miniaturas y otros objetos tradicionalmente asociados con la infancia; la distribución por géneros del espacio de actividad; los restos que nos han legado los sujetos no adultos como aprendices y, sobre todo, sobre la evidencia mortuoria que mostraron y exhibieron sus comunidades de ellos¹⁶.

Para cumplir con esta última tarea tenemos que, tanto en cantidad como en calidad, el número de yacimientos funerarios que contienen información de calidad que

¹² “(...) tenían mujeres dedicadas para (...) hacer loça (...). Hacíanlas a mano i almagrábanlas i estando enjutas las bruñían con piedras lisas i tomaba lustre muy bueno i durable ...”, Sedeño en Morales Padrón, 1978: 371.

¹³ Por ejemplo, Martín de Guzmán, 1984: 362.

¹⁴ Apenas existen programas de investigación dirigidos a identificar y evaluar, en sentido amplio, la producción infantil dentro del registro arqueológico *guanche*. Tenemos constancia de que la investigadora de la ULL, Selene Rodríguez Caraballo, desarrolla en estos momentos su Tesis Doctoral precisamente sobre aspectos bioarqueológicos de la población infantil aborigen de Tenerife y el resto de las islas occidentales, además de haber ofrecido algunos avances en forma de artículos, posters y comunicaciones (ver bibliografía), lo mismo que conferencias virtuales y *podcast*.

¹⁵ Son muy recomendables los trabajos contenidos en la obra colectiva sobre Arqueología y Género contenidos en Sánchez Romero (ed.), 2015.

¹⁶ La bibliografía que ha generado la Arqueología de la Infancia ha crecido enormemente en los últimos años. A modo de referencia ver Baxter, 2005; Lillehamer, 2010 y Sánchez Romero y otros (eds.), 2015. Para el lector muy interesado o curioso, recomendamos la consulta de la revista internacional *Childhood in the Past*.

permita descubrir las realidades de la infancia *guancho* (o *canaria*) ha aumentado de forma exponencial y significativa en los últimos años, hasta el punto de que tales hallazgos parecieran un insólito golpe de suerte arqueológica. Nada más lejos¹⁷. El pasado prehistórico ha empezado a abrirse a los investigadores y los nuevos tipos de pruebas permiten encontrar más formas de corroborar o contradecir los textos históricos.

Dejando a un lado el sinfín de dificultades que a lo largo del tiempo ha provocado una pérdida infinita de datos y sesgado, en consecuencia, nuestra visión, la buena noticia es que asistimos a la puesta en marcha de intervenciones y revisiones arqueológicas interdisciplinarias, pertrechadas con actuales criterios teóricos y metodológicos más amplios y efectivos, que intentan minimizar la pérdida de información. Y somos testigos activos también de un esfuerzo, titánico en ocasiones, por recuperar y (re)excavar en las innumerables referencias dispersas y “enterradas” que alberga la bibliografía especializada, las memorias de excavación y sus diarios, la hemerografía o los ricos fondos museísticos. Se trata, en síntesis, de rescatar, ordenar y analizar ese volumen de datos como punto de partida para encarar futuros proyectos con una base mayor y más sólida.

Como hemos adelantado, por razones de espacio y conocimiento, empezamos nuestra particular odisea interpretativa por las poblaciones prehistóricas de la isla de Tenerife. En este caso, los datos que manejamos han sido recopilados a partir de visitas a los Museos insulares y Parques Arqueológicos, así como desde de la consulta de los inventarios arqueológicos, etnográficos e histórico-artísticos vigentes en las administraciones competentes en materia de Patrimonio Histórico: la Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias y el Servicio de Patrimonio Histórico del Cabildo de Tenerife. Hay que tener en cuenta, además, que una buena parte de la información arqueológica ha visto la luz en diferentes y accesibles informes y artículos de divulgación. Se ha trabajado con la documentación resultante de la última revisión vigente sobre Bienes Patrimoniales de la isla de Tenerife, encargada en el año 2000 por la Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias al CICOP-España (San Cristóbal de La Laguna) y financiada por el Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, basada a su vez en la información contenida en los Inventarios Arqueológicos, Etnográficos y Arquitectónicos, realizados en la primera mitad de la década de los noventa del pasado siglo. Asimismo, y con el fin de completar y actualizar la información disponible,

se ha consultado el Inventario Arqueológico de la zona norte de la isla (municipios de El Sauzal, La Matanza de Acentejo, La Orotava, Los Realejos, El Puerto de la Cruz, Santa Úrsula, Tacoronte, Tegueste y Garachico) realizado por la Unidad de Arqueología del CICOP-España (San Cristóbal de La Laguna) que con fecha de 2003 representa la última actualización acerca de los Bienes Arqueológicos de la isla de Tenerife. Lo mismo que ulteriores informes con el fin de verificar cualquier novedad, como es el caso del inventario del Patrimonio Histórico-Artístico y arqueológico contenido en el Plan Territorial Especial del Sistema Viario del Área Metropolitana de Tenerife (años 2006-2007), elaborado por el Excmo. Cabildo Insular de Tenerife¹⁸.

Sin embargo, nuestro trabajo se sustenta también en el postulado de que los paisajes isleños son ‘laboratorios sociales’ únicos que permiten estudios de paisaje, organización y uso del territorio. De manera que adoptamos algunos enfoques de la denominada *arqueología insular comparada*, el estudio de cada caso insular adoptando perspectivas amplias para descubrir patrones, constantes y diferencias en los medios isleños, en este caso a escala del conjunto del archipiélago canario. Esta subdisciplina consiste en el estudio sistemático y comparado de comunidades isleñas, sus culturas y medios físicos naturales. No obstante, en las páginas que siguen no abordamos los procesos de ocupación y los factores clave implicados, sino los desarrollos culturales y sociales posteriores, condicionados tanto por la capacidad de adaptación de los grupos originales y posteriores generaciones a los diferentes ecosistemas y geografías insulares, como por la propia evolución interna, cerrada en cada isla del archipiélago, configurando unos mundos insulares con acusado aislamiento y rasgos propios. A este respecto, cada isla constituye una unidad de análisis que muestra bastante variabilidad en sus trayectorias políticas, sociales y de subsistencia durante la época prehistórica¹⁹. Desde dicha perspectiva queremos explorarlas con el objeto de determinar si la edad y el género fueron factores claves en sus procesos de reproducción social, de diferenciación y jerarquización a lo largo de casi dos milenios (Figura 1.1.).

Desde esta perspectiva, el estudio bibliográfico del resto de las islas se encuentra muy avanzado, completándolo paulatinamente con visitas a los fondos museísticos insulares y a algunos de los principales yacimientos. Despuntando sobremanera la cantidad y calidad de la información que las recientes investigaciones están aportando sobre la población inmadura de Gran Canaria, transformando el conocimiento que hasta la fecha se tenía de su pasado prehistórico. Por otra parte, tenemos constancia, aunque todavía no acceso, de informes inéditos tan interesantes como el realizado a los restos humanos aborígenes del Acceso al Pescante de Vallehermoso (La

¹⁷ En las antipodas tenemos islas como Fuerteventura, donde si el balance total de restos óseos pertenecientes a los antiguos majeros arroja un paupérrimo recuento de 51 huesos pertenecientes a varones adultos, 27 a individuos femeninos y 47 indeterminados, el número de sujetos infantiles se reduce a los restos de una niña hallada en la Cueva de Villaverde. Disponemos también de dos jóvenes femeninas de unos 15 años depositadas en El Museo Canario, de las que, sin embargo, desconocemos su exacta procedencia (Lecuona y Atoche, 2008).

¹⁸ De la Guardia, 2022.

¹⁹ Ver Ruiz Zapatero, 2022a (con bibliografía); Mitchell, 2023; Velasco, 2018.

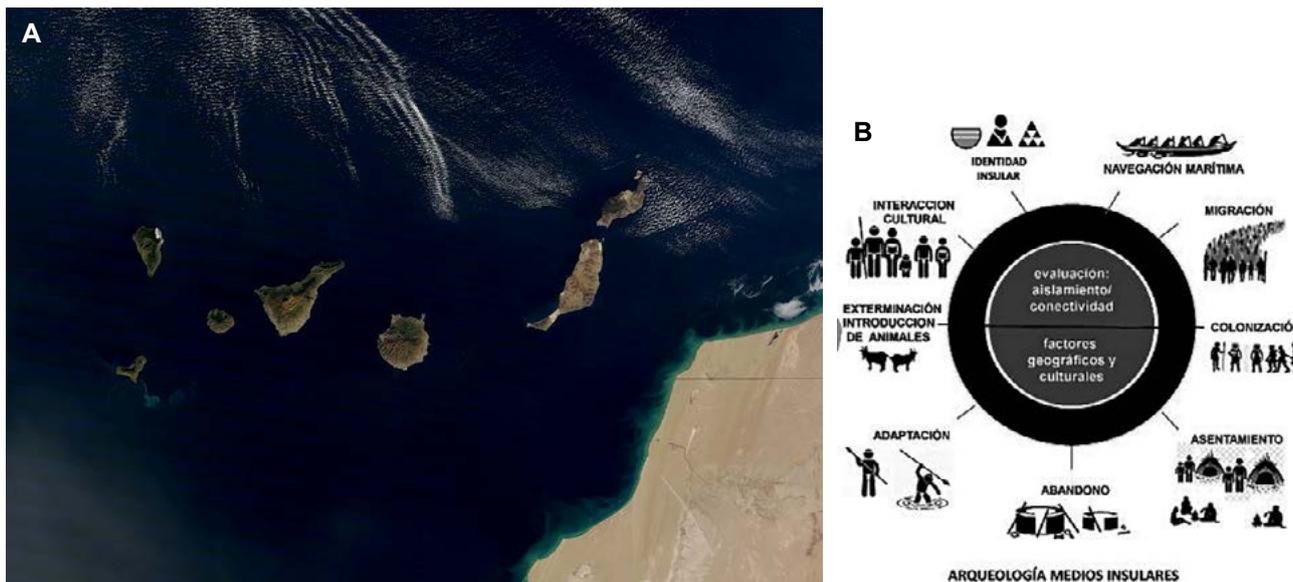


Figura 1.1. A, imagen satélite de la Islas Canarias (fuente: NASA Goddard Space Flight Center from Greenbelt MD, USA –Canary Island Public Domain- en www.Wikimedia Commons); B, principios clave para el estudio de la arqueología insular comparada (fuente: a partir de Ruiz Zapatero, 2022a: fig. 1, p. 3. Creative Commons).

Gomera) (Universidad de La Laguna), o el Proyecto que se está realizando en el Museo del Hombre de París, con el título “Investigando la colonización humana y la evolución de Canarias”, y que forma parte de otro proyecto más amplio dirigido por J. Santana: “IsoCAN/Aislamiento y evolución en islas oceánicas: la colonización humana de las islas Canarias”, financiado por el Consejo Europeo de Investigación de la UE. Este equipo científico ha comenzado el análisis de la importante colección antropológica canaria (413 cráneos) que alberga dicho museo. Los restos óseos proceden de varios yacimientos arqueológicos de seis islas y fueron depositados hace más de un siglo en el entonces denominado Museo de Etnografía del Trocadero, fundado en 1878. El origen de los huesos es el siguiente: 83 cráneos de la isla de El Hierro, procedentes de yacimientos como el del Barranco de la Guerra o el de la Cueva de Pedro Hernández; 43 de La Gomera, de lugares como Tejerigüete o Valle Gran Rey. De Fuerteventura, de donde prácticamente no tenemos restos humanos; los 13 cráneos guardados en el museo parisino provienen de Punta Becerra, Río Palmas y El Cardón. Lamentablemente, Lanzarote es la única isla que no está representada en esta colección. Lo interesante es que, por la información disponible en la prensa, sabemos que hay cráneos de niños sin inventariar aún.

Es un lugar común en los estudios de arqueología funeraria *guanche* y de la Arqueología de la infancia, el aserto de que se conoce muy poco acerca de los ritos de enterramiento infantiles, salvo la costumbre de depositar de forma individual o conjuntamente en algunas cuevas funerarias y necrópolis, a niños y niñas pequeños junto a sus parientes y madres, quizás tras la muerte simultánea de ambos o tras un intervalo corto de tiempo. Los exiguos datos disponibles respaldan dichos argumentos, como lo

acredita también su aparentemente pobre representación en las áreas funerarias conocidas²⁰. En este punto, queremos advertir que a lo largo de este texto utilizamos, cuando podemos, los términos madre/padre, hijo/hija y hermanos o hermanas, así como los términos de sexo binario masculino y femenino, en el sentido genético o biológico. Reconocemos que estos son términos de parentesco occidentales, que no siempre implican terminologías o identidades de parentesco, puesto que no podemos saber si así fueron entendidos por las comunidades aborígenes canarias.

En contextos preindustriales como el que nos ocupa, caracterizados por una amplia mortalidad infantil, con unas tasas que rondarían el 30-35%²¹, este exiguo balance suscita de inmediato fascinantes preguntas, fundamentalmente ¿dónde está el resto de los niños y niñas? o ¿por qué algunos sí podían compartir espacio y ritual con los adultos mientras que otros no? Como es de imaginar, los intentos por dar respuesta han sido numerosos y diversos²². Si se nos permite adelantar un breve resumen, se ha sugerido que estas cifras tan bajas y anómalas sean el resultado de que la mayor parte de los infantiles estuvieran sujetos a otro tipo de ritual; que fueran enterrados en lugares y modalidades diferentes, específicos o no; que su reducida presencia fuera la consecuencia de un control

²⁰ Alberto, 2020: 86 y ss. Aun así, reconocen algunos arqueólogos/as que en intervenciones recientes sobre espacios sepulcrales donde se dispone de estudios bioarqueológicos parciales, se documente un porcentaje de individuos no adultos que puede superar según los casos el 20-25%. Se trata de unos datos que advierten de como la subrepresentación de individuos en estos rangos de edad puede ser también atribuible a los criterios de recogida de restos esqueléticos o a la excavación parcial de los yacimientos funerarios. En Velasco y otros, 2004.

²¹ Delgado, 2021:87.

²² Es recomendable la lectura de Sacchi, 2010; Coy y Rojas-Sepúlveda, 2020; en el plano bioarqueológico, González-Martín, 2008; Nowell, 2023: 3-4.

de la natalidad e infanticidio (especialmente femenino) no siempre explícito²³; que el ritual funerario no dejara huella arqueológica; que fueran objeto de sacrificios²⁴; que al no ser excavadas las áreas funerarias en su totalidad, no hayan sido descubiertas las posibles zonas reservadas para este grupo de población; que sus restos óseos hayan pasado desapercibidos o confundidos con otro tipo de despojos u ofrendas²⁵; una baja mortandad o que su fragilidad los haya destruidos²⁶. Sea como fuere, lo que parece innegable es que una buena parte de la infancia aborígen fue objeto de una aparente *muerte oculta*, quizás circunscrita a ámbitos muy íntimos como el familiar, y que la práctica ausencia de restos óseos infantiles en el interior de las viviendas y su limitada representación en los cementerios, quizás más supuesta que real, permite contemplar la idea de que muchos de ellos fueron tratados tras su fallecimiento como simples despojos o, con mayor respeto, integrados en diversos espacios de la naturaleza, de difícilísima recuperación arqueológica por carecer de señales antrópicas²⁷.

Que los sujetos inmaduros representan una parte significativa de la composición demográfica de cualquier grupo es un hecho irrefutable. Sin embargo, es necesario aclarar que de modo general existen, al menos, dos perspectivas diferentes para conceptualizar la edad: la edad biológica y la edad social del individuo²⁸. Asociados al primer tipo se encuentran conceptos propios de la bioarqueología, la psicología y la pediatría, basados en las diferentes fases de desarrollo biológico y psicosocial de los sujetos; en dichas fases, previas a la pubertad y adultez, ocurre el desarrollo físico a partir de las condiciones y necesidades físicas y ambientales del entorno. En segundo lugar, tenemos las definiciones socioculturales acordes con los diferentes contextos sociales e históricos en que se encuentran los individuos, a partir de las cuales se entiende la infancia como el periodo de aprendizaje de las normas culturales y en el que los niños y niñas incorporan reglas para vivir en sociedad. Desde esta perspectiva, es necesario conocer el sistema cultural en el que se construye esa infancia. Por consiguiente, es preciso observar y comprender tres elementos básicos para la construcción de identidades: a) el género, porque se es niño o niña. En efecto, en la realidad no existen sólo niños a secas, sino niños y niñas; se es más o menos niño o niña en función de los rituales

que establezcan los procesos culturales, y se es niño o niña (de cada grupo social y cultural) a partir de la forma en que se divide y se segrega la sociedad; por lo tanto, no hay niños y niñas como generalidades homogéneas sociales. B) el generacional, porque se da en relaciones de pertenencia a grupos de edad y, c) social, porque las condiciones del grupo social al cual se pertenece configuran de manera particular el tipo de infancia.

En el presente estudio intentamos armonizar todas estas perspectivas, aunque para la identificación de los infantes seguimos una clasificación ampliamente aceptada que sigue parámetros antropológicos (etapas de desarrollo dental y óseo) ajenos a la concepción de la madurez social de las poblaciones del pasado y del presente. Así, por lo que respecta a la infancia, distinguimos entre feto, individuos de hasta 10 meses lunares intrauterinos o hasta que se ha completado el desarrollo fetal; infantil I, sujetos con edades comprendidas entre 0-6 años, esto es, hasta la aparición del primer diente permanente. Dentro de este grupo se denominan neonatos a los individuos que ya nacidos, cuentan con pocos meses de vida (0-6 meses extrauterinos); infantil II (6-12 años), sujetos que cuentan con toda la dentición permanente excepto el tercer molar; y población preadulto, segmento representado por las edades comprendidas entre los 12 y 18 años de vida²⁹.

Llegados a este punto, convengamos que abordar el conocimiento de la infancia es visibilizar sujetos activos como las mujeres y los niños y niñas, extraerlos del olvido o de la oscuridad de las sombras a las que la historiografía los ha subordinado, salvo honrosas excepciones; significa adentrarnos en aspectos tan trascendentales como la vida cotidiana, el trabajo de hombres, mujeres e infantes, el aprendizaje y la enculturación, la alimentación, los accidentes, las enfermedades, el mantenimiento y los cuidados de las personas³⁰, la crianza, las normas sociales (como se construye y percibe la edad social, el estatus y las relaciones de género), la gestión de la violencia (la simbólica como el honor, o la estructural en torno a la guerra, el conflicto y la de género e infantil), el consumo y la producción de cuerpos, entre otras muchas cosas.

Sin embargo, somos conscientes de que las limitaciones enunciadas seguirán reteniendo a estos segmentos de población, por el momento, en un cierto limbo identitario histórico. Podemos ofrecer, a lo sumo, algunas osteobiografías y las pinceladas que nos proponen las citas textuales, visitar trabajos arqueológicos y los fondos museísticos. En definitiva, una investigación sobre huesos, palabras y cosas, si se nos permite adaptar el título de un conocido ensayo de Michel Foucault. Con enorme prudencia, también podemos rellenar algunas lagunas

²³ Para la isla de Gran Canaria, ver Rodríguez-Martín y Martín Oval, 2019: 120-121.

²⁴ Las Doce Tablas romanas establecían, entre otros muchos, los procedimientos pertinentes para el abandono y/o muerte de bebés “deformes” (Beard, 2016:151).

²⁵ Como la niña de unos 5 meses de vida depositada de forma clandestina en el interior de una urna arrojada a un *testaccio haliéutico*, un gran vertedero público de basura, con restos de pesca en la playa de La Caleta, puerto romano de la antigua Gades; en “Un inmenso vertedero como espejo del esplendor del Cádiz romano”, *www.El País*, 24-4-2019.

²⁶ Estévez, 2002; Rodríguez-Martín y Martín Oval, 2009.

²⁷ De hecho, su presencia en las colecciones osteológicas de los museos insulares es también mínima. Así, por ejemplo, de los huesos recuperados y depositados en los fondos del Museo Canario (Las Palmas de Gran Canaria), la muestra infantil y juvenil solo alcanza el 5% del total (Delgado, 2009: 113).

²⁸ Ver Buchet y Séguy, 2008.

²⁹ Por supuesto que no es la única clasificación. Contamos con otras que consideran individuos no-adultos a todos aquellos que aún no presentan, entre otros caracteres osteológicos, la completa calcificación de la dentadura permanente y el fin de unión de todas las epífisis (excepto de la clavícula, cresta iliaca e isquion). Es muy interesante las reflexiones que, en términos generales, ofrece Nowell, 2023: 14 y ss.

³⁰ Nowell, 2023: 33 y ss.



Figura 1.2. ¿Protagonistas silentes?: restos materiales de subadultos visibilizados en el Museo Arqueológico de Tenerife. Pelvis infantiles extraídas de distintos enclaves sepulcrales de la isla (Barranco de La Orchilla, Cueva del Guanche y desconocidas). Los restos pertenecen a individuos inmaduros con edades comprendidas entre los 6 meses y los 18 años. Fuente: Jesús M. Fernández Rodríguez; Fondos del Museo Arqueológico de Tenerife (Organismo Autónomo de Museo y Centros del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife. Cabildo Insular de Tenerife). Reproducida con permiso.

si miramos fuera de Tenerife, en concreto al pasado de los antiguos *canarios*, para los que disponemos de un conjunto de investigaciones y publicaciones recientes que no solo caminan en la correcta dirección, sino que además se suman a los análisis arqueológicos y bioarqueológicos sobre la infancia que desde hace años se vienen realizando en otros ambientes académicos renovadores³¹. Y, por si fuera poco, este proceder ayuda a matizar la noción del *excepcionalismo guanche*.

Es por todo ello que nuestro movimiento queda limitado a la transversalidad y, en consecuencia, no podremos evitar incurrir en generalizaciones en algunos casos, inferir en otros y asumir, en todos, las contradicciones que existen. Nos falta, además, una trama cronológica fiable y amplia para comprender los acontecimientos y cambios acaecidos en los casi dos milenios de vida de aquellas gentes en la isla. No se nos escapa de que, en el relato, como en tantos otros, se van a ofrecer algunas imposibilidades cronológicas, siempre sujetas a revisión, o que pecaremos de las habituales longevidades inverosímiles. Y es que la cronología contrastada sigue siendo brumosa, por lo que es muy difícil recomponer una narración histórica fiable. Algo que, por cierto, sí se está consiguiendo progresivamente en los mencionados proyectos de reconstrucción de la vida de los antiguos *canarios*.

Para finalizar esta declaración de intenciones, resulta pertinente subrayar que lo que el lector tiene en sus manos es una incursión transversal a través de distintas y recientes culturas científicas y paradigmas teóricos,

un viaje interpretativo e interdisciplinario que pretende la identificación de algunas instituciones sociales en el registro arqueológico, como se fueron produciendo las transformaciones y desigualdades sociales en todas las islas a lo largo de los siglos, y si estas vicisitudes estuvieron acompañadas de la aparición de nuevas formas de identidad social y cultural, lo mismo que políticas económicas. Obvio es decir que la empresa presenta una complicación formidable, porque las limitaciones de los datos y de las culturas científicas tradicionales y hegemónicas han impedido que la Arqueología perciba la singularidad o la no familiaridad. Para poder familiarizarnos con lo no familiar hemos utilizado los conocimientos bioantropológicos, los etnohistóricos y el rico bagaje de la arqueología funeraria. En este sentido, nos ha estimulado el espíritu innovador de las investigaciones que se están llevando a cabo en la isla de Gran Canaria. Desde una perspectiva y una posición arqueológica, pretendemos situar el pasado prehispánico de las islas en la arqueología histórica o en la historia cultural.

El trabajo presenta lógicamente amplísimas lagunas en muchos aspectos del conocimiento empírico. No somos expertos en Bioarqueología, ni en Etnohistoria ni en Arqueología del Género. Tampoco debemos ignorar las perversiones de las fuentes literarias. Sin embargo, confiamos en que nuestras interpretaciones susciten el suficiente interés para restar importancia a las omisiones factuales o a cualquier otro error³². Veamos, a continuación, que puede la arqueología y los inventarios antropológicos añadir o cambiar de esta presentación (Figura 1.2.).

³¹ Velasco, 2009; Alberto y otros, 2019; Morales y otros, 2022.

³² Compartimos el concepto de arqueología que formula Price, 2020: 33.